I

 Los débiles rayos de sol del amanecer otoñal escalaron la fachada del hotel de provincias hasta colarse por las rendijas de la deteriorada persiana.

 Con los ojos aún cerrados, Marcos tanteó con su brazo derecho por la cama, buscándola y al comprobar que estaba solo, los abrió bruscamente. La llamó con voz queda, por si estuviera en el baño, cuya puerta estaba entreabierta, pero nadie contestó.

 Se quedó mirando al techo, buscando respuestas en las abstractas figuras que habían formado los desconchones de pintura.

 Se llamaba Laura y la había conocido en la conferencia que había dado el día anterior en el Casino Central de Burgos. Los ojos de ella resplandecían como la luz de un faro entre el mar de rostros desconocidos que escuchaban atentamente su exposición. Pelo largo muy moreno, tez de porcelana y labios carnosos, aparentaba treinta y pocos años. El imán de esos ojos, negros y profundos, le tenía secuestrada la mirada, impidiéndole advertir la delgadez de su cuerpo, envuelto en un sugerente vestido negro de raso, cuyo atrevido escote dejaba entrever el nacimiento de un voluptuoso pecho. Durante la hora y quince minutos que duró su intervención, le costó muchísimo mantener la concentración en el texto que llevaba preparado .

 Laura había acudido a la conferencia por casualidad, ya que se encontraba en la ciudad visitando a una antigua amiga. Ésta le propuso acudir a un acto en el Casino. La idea se le hizo muy pesada hasta que su amiga le habló del tema de la conferencia: *la influencia de la literatura española en la ópera italiana*. Filóloga italiana de formación, Laura no necesitó hacerse de rogar para aceptar encantada.

 Después de la conferencia había una cena en otro de los salones del casino para los asistentes, precedido de un ligero cocktail. Sin dudarlo y asombrado él mismo de su atrevimiento, Marcos se acercó a Laura y a su amiga, presentándose y preguntando si les había gustado la charla. No se despegó ya de ellas hasta que anunciaron que iba a comenzar la cena. Se dirigió entonces al organizador del evento para explicarle que habían acudido desde Madrid unas amigas y solicitarle, si era posible, ubicarlas en la misma mesa que a él. No le pusieron ningún problema y Laura se sentó a su lado. Durante la cena apenas hablaron de ópera, a pesar de que a Laura le gustaba mucho, sobre todo la italiana, pero compartía con él algo más importante para ella: la pasión por Italia. Según avanzaba la noche, las experiencias comunes en lugares de culto para ambos, como Florencia, Siena o Venecia, les fueron uniendo cada vez más.

 Advirtió cómo la suave fragancia que ella llevaba le ayudaba a relajar su habitual hermetismo hacia los desconocidos. Una extraña y olvidada sensación de gozo se iba apoderando de él según conversaban. Atónito, tuvo que reprimir una vez el impulso de acariciar su mano, mientras no dejaba de contemplar a esa desconocida, que estaba haciendo revivir en él sentimientos que creía perdidos para siempre. La risa con la que esporádicamente reaccionaba a alguna de sus anécdotas, sonaba a música de los dioses en sus oídos.

 Acabados los postres, ofreció a Laura y su amiga invitarlas a tomar algo fuera del casino. Laura dudó, pero fue la amiga la que le allanó el camino:

 —A mí me vais a perdonar pero mañana tengo que madrugar. Doy clase en un instituto fuera de la ciudad, pero dejadme que os acompañe a una coctelería cuyo dueño es muy amigo.

 Efectivamente, les dejó solos en el recoleto pub, muy cerca de la catedral. El lugar estaba prácticamente vacío, la iluminación era muy tenue y a través de los altavoces, con un volumen más bien bajo, se escuchaba como la voz de Amaya Montero relataba una triste historia de amor. Marcos ofreció a Laura tomar asiento en uno de los sofás. Él pidió una copa de Oporto y ella un gin-tonic. El joven e inexperto camarero sirvió las bebidas al revés de cómo las habían pedido. Se miraron con sonrisa cómplice y sin mediar palabra decidieron tomarlas como las habían servido. Marcos advirtió como Laura se llevaba la copa de Oporto a los labios, sin dejar de mirarle. Depositó la copa en la mesa, mientras una gota escarlata de vino se escapaba por la comisura de sus labios. El también dejo su bebida, acarició su cabello y lenta, muy lentamente, aproximó los labios a los suyos. Vio como ella cerraba los ojos, aceptando el beso y a partir de ese momento los dos se vieron inmersos en una espiral de deseo imposible de parar.

 Media hora después, Marcos la ofreció ir a su hotel, situado a pocas calles de donde se encontraban. Ella asintió con la cabeza, sacando de su bolso el móvil para enviar un mensaje a su amiga diciendo que no la esperase despierta. Salieron cogidos de la mano. El frío del incipiente invierno hizo que Laura se estremeciese y se apretujara junto a él. Caminaron así, abrazados por las calles desiertas, mientras las sombras de la torres de la imponente catedral se reflejaban en los charcos que una tenue lluvia había producido en el centenario empedrado.

 La puerta del pequeño hotel de tres estrellas se encontraba cerrada. Llamaron al timbre y un conserje que parecía un personaje sacado del *Cementerio de los libros olvidados*, acudió con desgana a abrirles y les entregó la llave de la habitación sin apenas mirarles, deseando regresar a su duermevela.

 Ya por la mañana, solo en la habitación, los recuerdos revoleteaban por su mente, sin poder asimilarlos del todo. No recordaba haber pasado nunca una noche de pasión y lujuria igual. Al llegar a la habitación, ella le pidió ir al baño y que apagase las luces. Pocos minutos después apareció en el umbral de la puerta, con su silueta recortada por la escasa iluminación proveniente de las farolas de la calle. Estaba totalmente desnuda y era muy hermosa. Su delgadez no solo no la afeaba, sino que la hacía más deseable aún. Piernas, pecho, caderas… componían una sinfonía de deseo en Marcos. Laura se acercó a él y empezó a desnudarle lentamente. Cuando acabó, le hizo acostarse en la cama y le pidió que se mantuviera quieto. Empezó a besarle en la boca, primero suave, pero luego con una entrega que le hacía muy difícil mantenerse pasivo, como ella le había pedido. En la oscuridad de la habitación, solo atisbaba a vislumbrar los tizones encendidos de sus ojos y como todo el cuerpo de ella se movía acompasado mientras le hacia el amor.

Los dos estallaron al mismo tiempo y ahí fue donde Marcos se sorprendió al darse cuenta de que se estaba enamorando de ese espectro que se había colado en su vida sin apenas darse cuenta. Hicieron el amor de nuevo, siempre bajo la ascendencia de ella, que él admitía con reparos, quizá con temor a que se rompiera el hechizo si le discutía el mando. Le hubiera gustado hablar más con ella, conocerla. Pero no le dejó. Cada vez que lo intentaba, ella tapaba su boca con la suya. Eran los cuerpos los que hablaban. Le daba la impresión de estar siendo poseído por un destello, por el rayo de luna que perseguía Bécquer en sus leyendas por las calles oscuras de Toledo…

 Y ahora había desaparecido. Se había marchado sin dejarle ni una nota, ni un beso de despedida. Solo quedaban para atestiguar que no había sido un sueño, el ligero rastro de su perfume en las sábanas, que le hacía recordar con nostalgia la noche de arrebato vivida. Sabía que había dormido poco, pero no le importaba, al recordar con fruición el vínculo que se había originado entre los dos durante el transcurso de esas horas mágicas.

 Pero ese rayo de luna se había esfumado y no sabía cómo podría encontrarlo. Ella no le había dado ni la más mínima pista de donde vivía o si volverían a verse. Y él se tenía que marchar urgentemente para Madrid. Con desgana, comprobó que ya eran las ocho de la mañana y que se le hacía muy tarde. De hecho, debería haberse puesto en camino hacía ya una hora. Tenía una audición en el Teatro Real, donde era el Director General, a las doce y no podía faltar.

 El *guardián del cementerio* ya no estaba en la recepción cuando Marcos, con un porta-trajes en la mano, pidió la cuenta. En su lugar, una chica joven y poco agraciada, a todas luces realizando sus prácticas de la carrera de Turismo, se sorprendió ante la solicitud de Marcos.

 —La factura ya está pagada. La abonó su señora cuando marchó hace dos horas.

 Marcos no daba crédito. Pero ahí intuyó una posibilidad de saber algo de ella.

 —¿Mi mujer pagó con tarjeta?

 —No, lo hizo en efectivo. Dejó también éste sobre para usted.

 Marcos respiró aliviado, abriendo el sobre. Había una hoja en blanco, con solo dos frases escritas:

*Gracias por haber convertido esta noche en algo muy especial.*

*“Ma, il mio mistero e chiuso in me….”*

*Laura*

 No necesitó traducir la conocida frase, que el príncipe Calaf, en la ópera *Turandot*, exclama para que todos sepan que nadie descubrirá el misterio acerca de su persona.

 Se quedó perplejo por el guiño operístico y lo que en el fondo ello conllevaba: No quería volver a verle. Con tristeza se dirigió hacia un parking cercano, donde había dejado su Audi. Buscó, entre las señales de tráfico la salida hacia Madrid y, una vez en la autopista, no pudo evitar poner en su reproductor de música el principio del tercer acto de *Turandot*: Pavarotti cantaba con voz limpia y segura.

*Ma il mio mistero è chiuso in me,*

*Il nome mio nessun saprà!, no, no*

*Sulla tua bocca lo dirò!...*

*Quando la luce splenderà!*

 Según avanzaba la romanza, la melancolía de Marcos empezó a difuminarse, dando paso a su proverbial optimismo. Miró hacia delante, hacia los 260 Kilómetros que le quedaban hasta Madrid y un amago de sonrisa comenzó a dibujarse en sus labios.

 —Te encontraré, Turandot, no podrás evitarlo.